

LA JUVENTUD EN LA PROMOCION DEL MEDIO RURAL

Por
ANTONIO SALVADOR CHICO
Veterinario

EN el proceso de desarrollo y crecimiento económico nacional se han producido claros desajustes intersectoriales que han hecho tomar conciencia al país de la decisiva importancia que tiene el desarrollo del sector agrario para el crecimiento presente y futuro de todo el sistema económico.

La causa es bien sencilla. La elevación del nivel de vida y el crecimiento demográfico determinan que cada vez más consumidores demandan de la Agricultura más productos y más calidad a un precio controlado. Esto obliga a que cada agricultor tenga que producir lo necesario para alimentar y vestir mejor a un creciente número de personas. Y estos productos son elaborados, transformados, transportados y vendidos, dando origen a múltiples actividades de la industria, el comercio o los servicios, que dan trabajo a muchas personas. Pero, además, el agricultor y su familia también son consumidores. Muchas fábricas y organizaciones sólo se desarrollan si el agricultor compra tractores, máquinas, abonos o suministros para su empresa. Y su familia tiene exactamente las mismas necesidades que cualquier otra, y es justo, pero además conveniente, que pueda comprar lo que otras industrias y organizaciones producen y venden.

Esta creciente productividad y contribución al desarrollo general que se pide al sector agrario, sólo es posible en una agricultura moderna. Durante muchos años la agricultura española ha seguido un meritorio proceso de reestructuración y transformación, al mismo tiempo que hacía posible el desarrollo de los otros sectores económicos proporcionándoles recursos humanos y materiales. Pero la descapitalización y el éxodo han sido tan intensos

en los últimos años que han comprometido la continuidad de su evolución.

Para modernizar la agricultura se precisa aumentar la dimensión de las empresas en superficie y en capital, especializar y tecnificar las explotaciones y que los agricultores lleguen cada vez más lejos en el proceso de transformación y comercialización de sus productos. Y para ello la Agricultura precisará capitales, pero fundamentalmente el concurso de empresarios dinámicos, bien capacitados, con ilusión e iniciativa, y mano de obra joven muy cualificada.

La población activa agraria puede considerarse relativamente alta, comparada con la de países más desarrollados, pero el tradicional abandono de los jóvenes ha determinado un envejecimiento de la población, llegando a crear, en comarcas especialmente deprimidas, un difícil problema de sucesión en las explotaciones. Y son las familias campesinas quienes han de realizar la transformación de la agricultura, por lo que ésta sólo puede progresar si una importante proporción de jóvenes aptos desean permanecer en el campo. Este es un problema clave, de importancia decisiva en el desarrollo de la agricultura.

POR QUÉ ABANDONAN LOS JÓVENES.

La agricultura se realiza en el medio rural. Esto parece una afirmación innecesaria, pero, sin embargo, de este hecho se derivan importantísimas consecuencias, ya que cuando un joven decide ser agricultor, ha decidido también el medio social y el ambiente en que habrá de vivir, formar una familia y criar a sus hijos.

La actividad agraria es todavía en nuestro país bastante más que una profesión. Es un modo de entender la vida en una sociedad tradicional que tiene su propio modelo y sus particulares valores que pretende conservar. Refranes de tan fuerte arraigo popular como "Es mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer" son toda una filosofía que expresa fielmente la resistencia al cambio de la sociedad campesina.

Frente a este modelo tradicional han ido surgiendo, e imponiéndose, nuevos modos de organización social. La creciente urbanización ha determinado la progresiva pérdida de preponderan-

cia de la sociedad rural, para ser día a día menos numerosa y más desconocida.

El enfrentamiento entre sociedad campesina y sociedad industrial se ha producido ya en el seno de las familias campesinas, y los jóvenes han optado en abrumadora mayoría por los nuevos modelos de vida y de conducta. En comarcas deprimidas como mi entrañable Sayago, la "papeleta de voto" ha sido frecuentemente el pasaporte y el billete para Suiza o Alemania, y ustedes conocerán, sin duda, muchos casos de jóvenes que abandonan la empresa familiar para ser peones de la industria o de la construcción. Los agricultores de más edad son los más sorprendidos y les contarán todos los detalles. Posiblemente la familia de esos jóvenes emigrantes un día tomó una decisión dramática que explicaremos.

Lo que se ha denominado empresa familiar constituyó durante mucho tiempo en nuestro país la fórmula ideal de realizar la agricultura.

El acceso a la propiedad de la tierra representaba la posibilidad de desarrollar las propias iniciativas, la garantía de poder invertir en ella la capacidad de trabajo de la familia, el ascenso en la escala de prestigio e incluso la seguridad en la vejez.

Pero, en esta agricultura familiar, la actividad laboral y la vida familiar están tan indisolublemente relacionadas que, con demasiada frecuencia, más que explotación familiar, esta fórmula constituyó la explotación de la familia. Ello ha venido determinado por el hecho de que la familia tenga que decidir, cada vez que se vende una cosecha, qué parte de esos ingresos se destinan a nuevas inversiones en la explotación para aumentar o mantener su nivel productivo y qué parte se dedicará al consumo, al bienestar familiar o a la educación de los hijos.

Las decisiones poco importantes pueden pasar desapercibidas porque la familia actúa consecuentemente con el plan de vida que ha adoptado de un modo tácito o expreso y que a veces se resume en el propósito de mantener todos los gastos al nivel más bajo posible. Pero, en cambio, se manifiestan claramente las decisiones trascendentales. Por ejemplo, cuando yo trabajaba en la provincia de Santander, las familias rurales de mi comarca debían tomar una decisión importante cada nueve o diez años.

Coincidió con el turno de corta del monte de eucaliptos. Los antiguos pastos comunales habían sido repartidos o adquiridos por

los vecinos y repoblados de eucaliptos. Normalmente, la familia atendía a sus necesidades diarias con los ingresos que obtenía de la explotación del ganado lechero. La venta del monte representaba de 90.000 a 100.000 pesetas por hectárea, que ingresaban juntas y que se invertían según la jerarquización que cada familia hacía de sus necesidades, establecida de acuerdo con sus valores culturales. Cuando el empresario era un hombre mayor, normalmente se destinaban a la adquisición de nuevas tierras. Su sentencia era siempre: "La finca hace casa, pero la casa no hace finca". Pero si la familia era joven, lo más frecuente es que ese dinero fuera invertido en construir una nueva casa o mejorar la que habitaban. Dos modos distintos de entender la vida.

Generalmente, las familias urbanas no actúan así, porque normalmente no han de reinvertir en su puesto de trabajo y los ingresos que obtienen de su actividad laboral se destinan casi íntegramente al consumo. En la ciudad se vive "al día" y se compra "a plazos" y el problema de las familias consiste en pagar las letras de los electrodomésticos, el automóvil o las vacaciones que ya han disfrutado.

En el medio rural esta competencia entre la empresa y la familia se ha resuelto demasiadas veces a favor de la empresa. Los imperativos económicos, y principalmente la necesidad de aumentar la dimensión de las explotaciones, obligó, en cierto modo, a las familias a sacrificar sus niveles de vida, canalizando todo el ahorro familiar a la adquisición de nuevas tierras. Y, desgraciadamente, a veces la opción ha sido: educación de los hijos o más tierra.

Es mucho lo que representa su tierra para un hombre mayor que trabajó duro toda su vida y sacrificó tantas cosas para poseerla, actuando consecuentemente con sus principios de valor. Cuando los hijos dejan la empresa familiar porque quieren vivir su tiempo, su mundo se derrumba y hasta su propia seguridad queda seriamente comprometida. No se trata, por tanto, de un simple conflicto de generaciones, es, sobre todo, un enfrentamiento de culturas. Y es que los jóvenes rurales tienen otro orden de valores y conciencia de su desigual situación.

Los jóvenes rurales aspiran, justamente, al bienestar en las mismas condiciones que los jóvenes urbanos, pero, sobre todo, desean más responsabilidad y participación en su propio destino, y el régimen patriarcal es un serio obstáculo, contra el que se rebelan. Ellos han visto cómo los jóvenes que permanecieron en la agri-

cultura tuvieron que esperar largos años hasta tener en sus manos la dirección de la empresa familiar; han visto también que sus condiciones de vida y de trabajo fueron muy inferiores a las de sus hermanos que emigraron y que, finalmente, por el sistema tradicional de transmisión de bienes, a la hora de la herencia no fué debidamente reconocida su contribución a la formación del patrimonio familiar aunque en él hubiesen invertido la ilusión y el esfuerzo de sus mejores años, sin tener siquiera la compensación de un jornal. Y hasta puede que la necesidad de formar un nuevo patrimonio haya condicionado su matrimonio.

Los jóvenes rurales de hoy tienen incluso otro concepto de la independencia. Para el agricultor tradicional la libertad está ligada al concepto romano de la propiedad, pues cree que así a él no le manda nadie y, como dicen en mi pueblo, "puede soltar la burra donde quiere y cuando quiere". Sin embargo, todos nosotros somos asalariados y no por eso nos sentimos menos libres. Del mismo modo, para los jóvenes, la libertad es participar en las decisiones. en la orientación y dirección del mundo rural, tener vacaciones y disfrutar días festivos, darle mayores oportunidades de elección a sus hijos, acceso a la cultura, jornadas regulares de trabajo, una vida digna y un hogar confortable. Los jóvenes aspiran a ser reconocidos individualmente de acuerdo con sus merecimientos, y no aceptan que su puesto en la sociedad dependa para siempre de la cantidad de tierra que pueden heredar de sus padres, y especialmente si ha de ser poca.

Finalmente, los jóvenes desean tener la oportunidad de desarrollar sus propias iniciativas, porque son más sensibles a los cambios y más conscientes de que es preciso hacer las cosas de otro modo o marcharse. Sería curioso, en este sentido, conocer cuántos tractores se han adquirido ante la imposición del hijo que un día advirtió: "O compras el tractor o me marchó".

Las causas del abandono de los jóvenes habrá, por tanto, que buscarlas en la propia profesión, en las condiciones de vida y de trabajo en que habrán de ejercerla y, finalmente, en el medio social en que tendrán que vivir. Y, aunque nos duela, es preciso reconocer que la sociedad campesina está en crisis y tendrá que cambiar. Posiblemente no desaparecerá y seguirá siendo un mundo diferente, pero, desde luego, mucho más adaptado a los nuevos modelos de vida.

Una tarea apasionante se ofrece a todas las personas que de-

seen asumir responsabilidades en la promoción del medio rural: ayudar a los jóvenes a labrar su propio destino y a construir el mundo rural que a ellos les gustaría. Porque son ellos quienes, renovando conceptos y técnicas, han de transformar las explotaciones y mejorar el medio rural tan pronto tengan oportunidad de desarrollar sus ideas creadoras.

LOS JÓVENES EN LA TRANSFORMACIÓN DE LA AGRICULTURA.

El papel que habrán de desempeñar los jóvenes en la transformación de la agricultura y del medio rural puede resultar decisivo para el futuro del país. Es una misión difícil, que entraña una gran responsabilidad y que sólo podrán cumplir si están bien capacitados.

En la formación de las futuras generaciones de agricultores y amas de casa rurales habrá que cuidar, especialmente, dos aspectos distintos, pero íntimamente relacionados: su capacitación profesional y su preparación para la vida rural.

La capacitación profesional de los jóvenes agricultores ofrece matices muy particulares que conviene considerar.

En primer lugar, se trata de un oficio muy complejo y difícil que requiere un aprendizaje necesariamente largo, ya que ha de basarse fundamentalmente en la observación y conocimiento de la vida de los animales y de las plantas en condiciones naturales.

Para realizar una agricultura eficiente son, igualmente, necesarias técnica y experiencia. Nuestra sociedad no valora justamente la profesión de agricultor, entre otras causas porque no sabe estimar la gran cantidad de conocimientos prácticos y de habilidades que necesita poseer cualquier sencillo agricultor. Los técnicos hemos contribuido a formar esta imagen por nuestra lógica tendencia a sobreestimar el valor de los conocimientos técnicos que hemos aprendido en los libros y a disculpar nuestra reducida experiencia. Los agricultores, en cambio, poseen una técnica limitada, pero una valiosísima experiencia que aprendieron en la vida. Actividades tan poco consideradas y aparentemente sencillas como las que realiza habitualmente un pastor de ovejas o un hortelano, no pueden encerrarse en un manual técnico. El manejo del ganado, la elección de pastos, la época de siembra de las lechugas o la preparación del semillero, son el fruto de la experiencia acu-

mulada por muchas generaciones. La fecha o el dato han pasado a veces a un libro, pero todavía es muy poco lo que figura en los libros comparado con lo que tiene que saber un buen agricultor. Esto determina que la técnica sólo sea útil si se apoya en la experiencia de los agricultores. Puedo asegurarles que la mayoría de los técnicos lo pasaríamos muy mal si ahora nos convirtiéramos en agricultores directos. Consecuentemente, sólo practicando la agricultura se puede aprender la profesión de agricultor, que lógicamente sólo se puede "enseñar sobre la realidad de una exploración".

Por otra parte, la agricultura se ve obligada a un continuo proceso de reestructuración y adaptación. Cambios continuos se producen en las técnicas y en los métodos. No basta, por tanto, con enseñar una técnica concreta. Será preciso formar más íntegramente a los jóvenes agricultores, haciéndolos "capaces de pensar y actuar por sí mismos" para adaptarse a los cambios, estimulándolos a seguir aprendiendo constantemente.

Pero, aun siendo tan complejo el oficio, el factor más decisivo es que un agricultor es al mismo tiempo un empresario que combina los factores de producción, y tiene que ser, por tanto, un hombre "capaz de tomar decisiones" acertadas. Y sólo se aprende a ser empresario dirigiendo una empresa, por lo que los jóvenes deben tener razonables oportunidades de poner en práctica sus iniciativas y de responsabilizarse de una empresa, adecuada, en cada caso, a sus crecientes conocimientos, para que puedan desarrollar su capacidad empresarial.

Y para ello necesitarán el decidido apoyo de sus padres, cuya confianza y consideración habrán de conquistar gradualmente, superando el tradicional concepto patriarcal.

Sólo en estas condiciones el joven podrá descubrir si su vocación y su porvenir están en la agricultura.

Pero el caso se complica si tenemos en cuenta la evolución natural del sector agrario. Las modernas técnicas permitirán una creciente productividad de la mano de obra y harán posible, e incluso necesario, que el número de agricultores disminuya en cifras absolutas y relativas. Por tanto, la mayor parte de los hijos de los agricultores no serán agricultores. El ritmo de esta evolución depende en gran medida del grado de desarrollo alcanzado por los otros sectores económicos, lo que hace especialmente difícil las previsiones de empleo en el sector agrario.

Por este motivo, estimamos que se debe desarrollar la formación general de los jóvenes rurales tanto como sea posible, de manera que estén mejor preparados para emplearse en otros sectores productivos si ello fuera necesario. Creemos, por tanto, equivocados a quienes pretenden que ya en la escuela primaria reciban los hijos de los agricultores una orientación profesional. La escuela debe estar proyectada y abierta al mundo, y concretamente la escuela rural debe estar bien articulada con la realidad social y económica del medio en que se encuentra, pero su propósito debe ser siempre una mejor formación general.

Es después de agotadas las posibilidades de formación general cuando debe diferenciarse la enseñanza e iniciarse la preparación profesional del joven agricultor. Y aquí se plantea un problema importante: ¿Cómo y dónde formar al joven? La necesidad de que la enseñanza agraria tenga lugar sobre la realidad de una explotación sólo nos da dos opciones:

- 1.^a En una escuela con finca e internado, separando a los jóvenes del ambiente familiar; o
- 2.^a Iniciar el aprendizaje profesional de los jóvenes sin separarles del medio familiar, fundamentando precisamente la enseñanza en las tareas productivas que realizan en la explotación familiar.

Esta segunda opción es la que está hoy día mejor adaptada a las necesidades y posibilidades de nuestro país, por ser la única que permite a los jóvenes conquistar gradualmente la confianza y el respeto de sus familiares y de su comunidad. Así podrán tener conciencia de la medida en que pueden modificar las condiciones de vida y de trabajo de sus explotaciones y construir el mundo rural en que a ellos les gustaría vivir.

Por otra parte, esta fórmula permite aprovechar la valiosa experiencia de los padres, que son quienes tradicionalmente han enseñado el oficio a sus hijos, y además hace que la enseñanza esté mejor articulada con las características, problemas y posibilidades de la agricultura comarcal.

La escuela con internado y finca puede proporcionar una formación técnica más completa de cara al futuro, pues en ella se pueden superar fácilmente las limitaciones que se encontrarían en muchas explotaciones familiares para que los jóvenes pudiesen adiestrarse en el empleo de las modernas técnicas de producción que serán habituales en las explotaciones del mañana. Sin embar-

go, las escuelas tienen limitaciones, como su alto coste y no conseguir una adaptación tan correcta a la agricultura comarcal y, fundamentalmente, la de desambientar al joven, al separarle del medio familiar y comunitario. Cuando el joven regresa a su pueblo sufre un choque violento. Repentinamente descubre un medio y una situación que no le gustan y que sería preciso cambiar. Pero toda esa labor que es necesario realizar tendrán que abordarla solo, sin la confianza de sus mayores ni la fuerza y solidaridad de un grupo, sin la experiencia de la lucha, ni el estímulo del éxito anterior. En estas condiciones, antes de empezar solo, lo más lógico es que piense en situarse cuanto antes en la vida y abandone la explotación familiar.

Consecuentemente, la escuela debe jugar hoy un papel complementario de las formas de enseñanza que no separen al joven del medio familiar, que es el lugar idóneo para iniciar la formación profesional agrícola y el mejor modo de que padres e hijos descubran si su porvenir está en la agricultura.

Aunque el aprendizaje puede empezarse cuando el joven tiene de doce a catorce años con actividades extraescolares compatibles con la formación que recibe en la escuela, lo más frecuente es que comience cuando deja de asistir a un centro donde se imparta enseñanza general. Entonces empezará trabajando con su padre y recibiendo una capacitación agraria basada en la realización de tareas prácticas que motiven suficientemente las enseñanzas teóricas necesarias para elevar progresivamente su nivel de formación.

Con el desarrollo de estas tareas los jóvenes tendrán la oportunidad de medir sus fuerzas y la posibilidad de comprobar lo que son capaces de alcanzar. Esto contribuirá poderosamente a aumentar la confianza en sí mismos y los estimulará a seguir aprendiendo y a desear asumir cada vez mayores responsabilidades en la explotación familiar. Y es decisivo que esas responsabilidades le sean concedidas, porque su permanencia en la explotación dependerá de la medida en que el joven pueda sentirse dueño de su propio destino. Para ello será preciso llegar gradualmente incluso a un plan familiar o proyecto de acceso a la propiedad o copropiedad de la explotación. Esto, naturalmente, requerirá un acuerdo familiar, pero es muy deseable que ciertas previsiones se hayan efectuado antes de que el joven se separe del ambiente familiar, ya sea para completar su formación en una Escuela de Agricultura o para hacer el servicio militar.

Si no es posible establecer un proyecto familiar de esta naturaleza, lo más seguro es que el joven deje el campo al terminar los estudios, si fué a la escuela, o al finalizar el servicio militar si no acudió a ella, por lo que hubiese sido más provechoso dirigir sus pasos hacia un centro donde pudiera prepararse para trabajar en la industria o en los servicios. El aprendizaje agrícola puede despertar su vocación, pero su permanencia en la agricultura dependerá de que vea en ella un porvenir.

LA COLABORACIÓN DE LOS PADRES.

La colaboración de los padres es importantísima para la formación profesional de los jóvenes agricultores y decisiva para que los hijos elijan esta profesión.

Cada día es mayor el capital necesario para establecer una explotación agraria, por lo que, dentro de nuestro sistema socio-económico, es razonable esperar que sólo quienes inicialmente cuentan con un mínimo de capital territorial se establezcan como empresarios agrícolas. Es decir, que la mayor parte de los futuros empresarios de pequeñas y medias explotaciones lo serán por sucesión, ya que, en general, la única manera posible de que un joven obtenga bienes de capital es un acuerdo con sus padres, de modo que pueda empezar su actividad profesional en la explotación familiar.

Por su parte, los padres pueden conseguir así más seguridad en la vejez y la posibilidad de ir reduciendo la intensidad de su trabajo, al mismo tiempo que prospera el negocio familiar al conjugarse la experiencia y la comprensión del padre con el espíritu creador y entusiasmo del joven.

Ya en la primera fase del aprendizaje es necesario que el padre proporcione a su hijo los elementos precisos para realizar una tarea. Puede ser una ternera, una cerda o una parcela en el huerto. Con los beneficios obtenidos en la realización de estas pequeñas tareas, y siempre con el apoyo y aliento de su padre, el joven puede emprender otra diferente y cada vez más complicada.

El siguiente paso lógico para desarrollar la capacidad empresarial del joven es que el padre permita al hijo ser responsable de alguna de las especulaciones de la explotación, como, por ejemplo: los cerdos, las gallinas, el huerto, o le ceda una parcela para

frutales o el terreno para un invernadero. Siempre se debe interesar al hijo en el resultado económico de la empresa que se le confía, dándole una participación en los beneficios en función del trabajo realizado y del capital aportado, estimulándole a invertir sus ganancias en la explotación para ir así acumulando capital.

A efectos de aprendizaje y para despertar la vocación del joven es suficiente con estos acuerdos informales, pero hay ciertos momentos críticos en la edad y la preparación del joven en que debe llegarse a un acuerdo formal mucho más serio. Así ocurre cuando el hijo termina sus estudios o regresa del Ejército y se incorpora plenamente a la explotación.

Cuando llega este momento sería necesario llegar, como mínimo, a un acuerdo en el que se señale el salario y la participación en los beneficios netos de la explotación que tendrá el hijo como compensación de su trabajo. Parte del salario y de los beneficios pueden abonarse en ganado, maquinaria e incluso tierra, para vincularle al negocio. De este modo, el hijo estará interesado en aumentar los beneficios y trabajará tan intensamente como si fuera el dueño de la explotación.

Pero la solución definitiva sería un acuerdo de dirección conjunta y un plan de acceso a la copropiedad de la explotación, que es el mejor modo de ir transfiriendo gradualmente la responsabilidad de la empresa a la nueva generación. Naturalmente, se trata de un acuerdo familiar, por lo que la proporción en que padre e hijo participarán en la propiedad y en los beneficios puede ser cualquiera que resulte satisfactoria para ambos. El padre puede inicialmente retener la propiedad de la tierra y simplemente renunciar a la renta que le corresponde por el uso conjunto de la misma, para que así aumente más rápidamente el capital de su hijo, de modo que pueda preverse el momento en que llegarán a ser copropietarios.

CÓMO LLEGAR A UN BUEN ACUERDO.

La posibilidad de un convenio entre padres e hijos depende, fundamentalmente, de dos factores: de la armonía entre los distintos miembros de la familia y de las características de la explotación.

La familia juega un papel muy importante. La confianza y respeto mutuo entre padre e hijo son indispensables, pero también es importante el entendimiento entre la madre y la esposa del hijo. Finalmente, las posibilidades de vivienda para una segunda familia pueden ser decisivas.

Naturalmente, los acuerdos son mucho más fáciles cuando sólo hay un hijo que desea permanecer en la explotación, pero en todos los casos deben valorarse justamente las aportaciones del hijo, que a veces son difíciles de establecer, como, por ejemplo, el dinero que se invierte en la conservación de edificios, nuevas plantaciones, regadíos o ganado, que aumentan el valor de la propiedad. El sistema tradicional de transmisión de bienes es un serio peligro cuando hay varios hijos, porque el que permanece en la explotación puede encontrarse con la desagradable sorpresa de que su esfuerzo no sea debidamente reconocido a la hora de la herencia. La solución sería registrar a su nombre la parte de la explotación cuya propiedad le ha sido transferida, y para ello será necesario un estudio familiar del problema para que los otros hermanos no se sientan perjudicados.

La explotación también debe reunir un mínimo de condiciones. En muchas de las explotaciones actuales es imposible establecer un acuerdo. Pero otras muchas, aun siendo actualmente inadecuadas, podrían mantener a dos familias si se cambia la orientación productiva, se intensifica su cultivo o se aumenta su tamaño, lo que siempre será más fácil con ayuda del hijo. Las mayores posibilidades se encuentran allí donde es posible intensificar la explotación sin aumentar la superficie, empleando más capital y más trabajo, dado el alto costo y la baja rentabilidad del capital-tierra. Concretamente, donde se pueda desarrollar la ganadería o la hortofruticultura será más realizable.

En general, influirán los recursos existentes y el modo de utilizarlos, el tamaño de la explotación, las posibilidades técnicas, el régimen de tenencia de la tierra, las posibilidades de arrendar, el crédito disponible, etc.

Se trata, por tanto, de un problema muy complejo y cuya solución no depende únicamente de los agricultores. Sería injusto pretender que asuman solos esta grave responsabilidad, que nos incumbe a todos. En la misma medida que a la sociedad la convenga una agricultura moderna, debe contribuir a conseguirla, y para ello tendrá que tomar conciencia de esta situación. Las fa-

milias rurales necesitarán una ayuda especial para formar a sus hijos, tanto a los que se queden como a los que habrán de marchar. Será preciso favorecer la incorporación de los jóvenes dándoles especiales facilidades crediticias con base en un plan de sucesión y concediendo, a los agricultores mayores, pensiones de jubilación y retiro. Incluso sería necesario reconsiderar el sistema de transmisión de bienes, haciéndolo más acorde con la función social de la propiedad. Consecuentemente, todos podemos y debemos hacer algo.

LOS JÓVENES Y EL MUNDO RURAL.

La capacitación de los jóvenes agricultores no puede limitarse al aprendizaje de un oficio; la enseñanza debe comprender también todos los aspectos que implica la vida de los jóvenes en el medio rural.

Para que los jóvenes permanezcan ligados a la agricultura es necesario hacer más atractivo el medio rural. Pero ese nuevo mundo rural no puede hacerse para ellos. Habrá que construirlo con ellos, porque las soluciones que les satisfarán serán precisamente sus soluciones. Posiblemente las nuestras caerán en el vacío.

Muchas cosas tendrán que cambiar, y la mayor parte de estos cambios exigirán un esfuerzo conjunto, porque un hombre aislado poco puede hacer. El agricultor ha sido tradicionalmente un hombre acostumbrado a vivir y trabajar solo, pero este individualismo es propio de una agricultura que ha sido superada. El agricultor moderno se ve obligado a integrarse en una sociedad en la que las interrelaciones y las dependencias son cada vez más estrechas y ya no puede permanecer aislado. Tendrá que agruparse con otros hombres para comprar, para producir, para vender y para conquistar el puesto que le corresponde en la sociedad. Y para ello la agricultura y sus hombres necesitan organizaciones, diversas según su función, dirigidas y promovidas por agricultores. Las asociaciones, cooperativas, sindicatos, montepíos y mutualidades campesinas precisan animadores y dirigentes campesinos. Y tendrán que prepararse para ello.

Los jóvenes habrán de tener oportunidades de aprender a trabajar en equipo, desarrollar su sentido de responsabilidad, practi-

car la ayuda mutua y convertirse en activos participantes en la vida diaria de su comunidad, porque sólo viviendo y trabajando con otros hombres llegarán a realizarse plenamente como personas, pero, además, únicamente con la fuerza y solidaridad de un grupo podrán alcanzar su meta: renovar el mundo rural.

Y todo ello tendrán que aprenderlo los jóvenes a través de su acción, siendo protagonistas del mejoramiento de sus explotaciones, de sus hogares y de su comunidad.

Los jóvenes desean asumir mayores responsabilidades en la orientación y dirección del mundo rural. Desean conquistar el respeto, consideración y reconocimiento de sus vecinos, y para ello están dispuestos a entregar sus mejores esfuerzos al mejoramiento de su comunidad. Esto no es una afirmación gratuita, porque ya son numerosos los ejemplos de grupos de jóvenes que han sido promotores y realizadores de admirables acciones. El arreglo de la plaza, la construcción de caminos, la campaña de desratización, el abastecimiento de agua, el embellecimiento del pueblo, la construcción del local del teleclub o la creación del parque público son motivos frecuentes.

A través de estas tareas colectivas los jóvenes han podido comprobar la fecundidad del esfuerzo solidario y ha ido surgiendo el espíritu de grupo. La satisfacción de la tarea bien realizada, el prestigio y consideración de los adultos y, en definitiva, el éxito de su acción, despiertan en los jóvenes un sentido de autoconfianza que les impulsa a proponerse cada vez metas más ambiciosas, hasta conseguir implicar en sus proyectos a los demás miembros de su comunidad y convertirse en los animadores de iniciativas comunitarias a las que se suma toda la población.

Tenemos fe en los jóvenes y creemos que este es el camino. Despertar su entusiasmo ayudándoles a desarrollar sus propias iniciativas. Ellos conocen mejor que nosotros lo que desean y necesitan y están dispuestos a ofrecer, con ilimitada generosidad, la ilusión y el esfuerzo necesarios para conseguirlo.

Será preciso, por tanto, modificar la actitud paternalista de personas e instituciones que desean hacer cosas para los jóvenes, ya que para infundirles fe en sí mismos y esperanza en su futuro, más que cambios objetivos, lo decisivo es que puedan comprobar las posibilidades que ellos tienen de cambiar el mundo rural. Comprensión y ayuda sin aire patrocinador ni directivo es lo que

los jóvenes necesitan para desarrollar iniciativas en beneficio de su comunidad. Y es alrededor de estas tareas cómo los jóvenes aprenderán a unir sus esfuerzos, recursos y voluntades y donde surgirán los futuros dirigentes de un renovado mundo rural.

LOS PLANTELES DE EXTENSIÓN.

Desde el año 1965 el Ministerio de Agricultura ha emprendido resueltamente la labor de capacitación de los jóvenes rurales, que hoy constituye una parte importante del trabajo del Servicio de Extensión Agraria, ya que está destinado a preparar las nuevas generaciones de agricultores y amas de casa rurales.

Los Planteles constituyen un sistema educativo basado en los principios anteriormente expuestos, y en ellos participan actualmente 20.000 jóvenes rurales.

El Ministerio de Agricultura ha podido comprobar que los Planteles de Extensión Agraria constituyen uno de los más eficaces elementos para fijar en el campo una generación de nuevos agricultores ilusionados, acelerar el paso de los jóvenes capacitados a los puestos de responsabilidad y movilizar en las Comunidades rurales un nuevo y fundado espíritu de ilusión y fe.

RESUMEN

El desarrollo del sector agrario tiene una importancia decisiva para el crecimiento presente y futuro de todo el sistema económico.

Son las familias campesinas quienes han de realizar la transformación de la agricultura, por lo que ésta necesita para progresar que una proporción suficiente de jóvenes aptos deseen permanecer en el campo. Los jóvenes están abandonándolo. Algunos marchan porque no les gusta la profesión, pero la mayoría lo hacen porque no les agradan las condiciones de vida de trabajo en que habrían de ejercerla, ni les satisface el medio en que tendrían que vivir.

La permanencia de los jóvenes en la agricultura depende fundamentalmente de que vean en ella su porvenir y de que el medio rural sea más atractivo. Muchas cosas tendrán que cambiar en las explotaciones, en las familias y en la sociedad rural. Puede afirmarse que su permanencia depende de la medida en que ellos puedan comprobar que son capaces de cambiar el mundo rural.

Todos estos cambios tendrán que realizarlos los propios jóvenes, y para ello necesitan estar muy bien capacitados.

La capacitación de las futuras generaciones de agricultores y amas de casa es un problema muy complejo que comprende aspectos distintos, pero íntimamente relacionados: de un lado, su capacitación profesional y su preparación para la vida rural, y de otro, su integración y permanencia en la sociedad rural.

Cómo preparar a los jóvenes para labrar su propio destino y ser los autores de la transformación de la agricultura y cómo ayudarles a construir el mundo rural que a ellos les gustaria, son los dos aspectos fundamentales estudiados. En ambos se considera el papel preponderante que desempeñan las familias rurales y la responsabilidad que a todos nos incumbe en esta apasionante tarea de incorporar al sector agrario una generación de nuevos agricultores ilusionados, acelerar el paso de los jóvenes capacitados a los puestos de responsabilidad y movilizar en las comunidades rurales un nuevo y fundado espíritu de ilusión y de fe.

RÉSUMÉ

Le développement du secteur agricole a une importance décisive pour la croissance présente et future de tout le système économique. Ce sont les familles paysannes qui doivent réaliser la transformation de l'agriculture, car celle-ci a besoin pour progresser qu'une proportion suffisante de jeunes aptes au travail agricole désirent rester à la campagne. Les jeunes sont en train d'abandonner celle-ci. Quelques-uns partent parce que leur profession ne leur plaît pas, mais la plupart le font parce que les conditions de travail où ils devraient l'exercer ne leur plaisent pas et parce que le milieu où ils devraient vivre ne les satisfait pas.

Le fait que les jeunes continuent à pratiquer l'agriculture dépend essentiellement de deux choses: qu'ils voient qu'ils y ont un avenir et que le milieu rural soit plus attrayant. Beaucoup de choses devront changer dans les exploitations, dans les familles et dans la société rurale. On peut affirmer que la fidélité à la terre des jeunes dépend de la mesure où ils pourront constater qu'ils sont capables de changer le monde rural.

Tous ces changements devront être réalisés par les jeunes eux-mêmes. C'est pourquoi ils doivent avoir une très bonne formation.

La formation professionnelle des futures générations d'agriculteurs et de ménagères est un problème très complexe qui comprend des aspects différents mais en rapports intimes: d'une part, leur formation professionnelle et leur préparation à la vie rurale et, de l'autre, leur intégration dans la société rurale et leur fidélité à celle-ci.

Les deux aspects essentiels qu'on étudie sont les suivants: comment préparer les jeunes à construire leur propre destin et à être les auteurs de la transformation de l'agriculture et comment les aider à construire le monde rural qui leur plairait? Dans les deux cas, on examine le rôle prédominant que jouent les familles rurales et la responsabilité qui nous incombe dans l'oeuvre passionnante de faire entrer dans le secteur agricole une génération de nouveaux agriculteurs enthousiastes, d'accélérer l'accès aux postes de responsabilité de jeunes gens ayant une bonne formation et de mobiliser dans les communautés rurales un esprit d'enthousiasme et de foi, nouveau et fondé.

SUMMARY

The development of the agrarian sector is of decisive importance for the present and future growth of the whole economic system.

It is the peasant families that have to carry out the transformation of agriculture, so that if it is progress it demands that a sufficient proportion of suitable young people should wish to stay in the country. The young are abandoning it. Some of them leave because they do not like the profession, but most of them do so because they do not care for the conditions of life in which they have to work and because the environment in which they would have to live does not satisfy them.

Whether the young are to stay permanently in agriculture depends fundamentally on their seeing their future in it and on the rural environment being more attractive. Many things will have to change on the farms, in the families and in rural society. It may be said that their staying depends on the degree to which they can prove that they are capable of changing the rural environment.

All these changes will have to be brought about by the young people themselves, and in order to do so they have to be very well trained.

The training of the future generations of farmers and housekeepers is a very complex problem which comprises different but intimately related aspects: on the one hand their professional training and preparation for rural life, and on the other their integration and permanence in rural society.

How to prepare the young to fashion their own destiny and to be the authors of the transformation of agriculture and how to help them to construct the rural world that they would like, are the two fundamental aspects studied. In both of them consideration is given to the preponderant part played by the rural families and the responsibility that falls on us all in this exciting task of incorporating a generation of new, hopeful farmers in the agrarian sector, of speeding up the progress of trained young men to posts of responsibility and of mobilising a new and well founded spirit of optimism and faith in the rural communities.